DANA CONTRA DANA

Paz Ferrer

DANA CONTRA DANA

Paz Ferrer

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2026
©Paz Ferrer, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

THEMA: FRD -FRH - FRB - FRLL -
ISBN: 9791388449277
DL: M-22444-2026

A mí misma,
porque me debía esta novela desde los trece años.

Y, acodada en el barandal de las aceptaciones, vuelvo los ojos al pasado y encuentro que nada de lo que tuve ni de lo que no tuve ha sido superfluo. Que, misteriosamente, los elementos inconexos acabaron por fundirse en unas piezas que eran, entre sí, lejanas o enemigas.

ROSARIO CASTELLANOS
Rito de Iniciación

RESURRECCIÓN, AMNESIA, DECEPCIÓN

Y resucité... Como Lázaro, pero sin recuerdos, con la música agolpándose sobre mis sienes y aquel espectáculo tan pintoresco, tan ajeno, pasando con la furia de un tren frente a mis ojos...

—¡Dana! ¡Dana! —me urgió una voz desde el fondo de la turbamulta.

En un acto casi demagógico, aquel nombre se impregnó sobre mi carne. Me volví «Dana», mis cabellos pálidos se volvieron los cabellos de «Dana», mis anónimas piernas se enfundaron en las largas medias de «Dana» y el vestido de «Dana», cálido y oscuro, me abrazó la cintura al tiempo que me reconocía como su dueña.

—¡Dana! —exclamó con más calma la voz templada de un muchacho.

Bronceado y rubio, con las cejas casi blancas arqueándose melancólicamente por encima de los ojos grises, me pareció el despojo de algún pasado oscuro; y quise huir, liberar mis miembros inferiores de aquel primer contacto con el suelo, para perderme entre el gentío, lejos de aquel extraño centinela, lejos de las danzantes mujeres empinadas sobre la tarima, de mí misma, del mundo al que acababa de nacer...

Estaba cansada... Acababa de nacer y ya estaba cansada; como si pesara un siglo entero sobre mis hombros, como si aquel rostro, aún adolescente, le perteneciese realmente a un ser pretérito.

Buscaba un refugio, un escondite, y el peso de existir, tanto más abrumador que el de saberme extraviada de mí misma, me hizo tropezar contra un muro inexistente.

—¡Debe estar ebria! —murmuró alguien viéndome desde el lado anverso de una niebla roja.

—¡No, tiene un ataque de ansiedad! —explicó otro más benéfico, tendiéndome la mano.

Vi su rostro oliváceo, de facciones más bien desproporcionadas, y me eché a llorar contra su pecho.

—¡No sé quién soy! —grité a voz en cuello y un rumor colectivo me sepultó en lo profundo de un abismo.

—¡Está bien, Dana! ¡Todo estará bien! —lo escuché decir para calmarme.

«¡No me sueltes!» «¡No me sueltes!» creí pedirle con toda la fuerza de mi ser. Pero no dije nada en realidad. Seguí llorando, hacia dentro... más hacia dentro... hasta que la sal de mis propias lágrimas fue capaz de lavar mi terror y me extrajo de aquel tiempo disuelto para enfrentarme al haz de una linterna.

***

Todavía deslumbrada por las luces de la pieza, creí distinguir una versión más madura de mí misma. Medianamente erguida sobre una silla de ruedas, con las piernas cubiertas por una chalina blanca y los cabellos apenas recogidos por un pico de garza, parecía mirarme angustiosamente, tal vez con amor, tal vez con pena...

—¿Está bien, doctor? —inquirió de repente con una voz ronca y musical. Parecía realmente perturbada.

—Físicamente sí, pero...

—¿Pero?

—La amnesia postraumática ha vuelto a bloquear los recuerdos de su hermana.

—¿Todos? ¿También los posteriores al accidente?

—Eso parece. Ahora bien, no debemos precipitarnos... Bien puede tratarse de un episodio pasajero.

Aquella hermana, a la que hacía algunos segundos creía un simple reflejo mío, pareció hacer un esfuerzo por contener el llanto y mirándome con una sonrisa más bien amarga, se desplazó en su silla hasta el sitio en donde se encontraba la camilla para tomar mi mano derecha entre las suyas.

—¡Dana! ¿Sabes quién soy?

Negué con la cabeza y, lo confieso, lamenté que aquella otra Dana, de manos gélidas y labios incoloros, fuese quien había permanecido a mi lado durante la revisión médica. ¿Y él? ¿Dónde estaba él? ¿Por qué me dejaba sola a merced del mundo y sus dilemas? ¿Por qué se olvidaba de mí con la misma facilidad de quien abandona un día para sumergirse en el siguiente?

—¿Y él? —me atreví a preguntar— ¿Dónde está el chico que me sacó del club?

—¿Chico? —preguntó ella aparentemente contrariada.

Y mirando al médico con ojos inquisitivos, añadió:

—¿Había un chico con ellas?

—No... —reveló este para mi pesar—. Por lo menos yo, las vi solamente a Dana y a Bruna entrando a la sala de espera.

Mi hermana miró al suelo; en busca de una posible respuesta, pensé.

—Sería Mauro... Si mal no recuerdo, habían quedado para salir...

***

Bruna me ayudó a escoger un traje. La chaquetilla negra, cuya doble hilera de botones dorados parecía formar parte de mi propia piel, me hizo pensar en el apretado corsé de algún torero; y los botines blancos, a juego con la falda más bien estrecha, y la ridícula bolsa, en cuyo interior no cabía más que el móvil, me dieron una idea sobre mis antiguos gustos.

—¿Es esto lo que usaba Dana? —pregunté.

Mi mejor amiga —la de Dana, quiero decir—, me observó con extrañeza y, sacando del armario empotrado varias piezas cuyos tonos iban siempre del negro al blanco, con algunas escasas excepciones en acentos caramelo, comenzó a mostrármelas de dos en dos sin atreverse a hacer una sugerencia más directa.

Encaré una vez más las plateadas aguas del espejo, pero esta vez no me llamaron la atención ni mis cabellos rubios ni aquella indumentaria de muñeca invernal a la que empezaba a acostumbrarme, sino la palidez insana de mis labios. También en aquello era una copia exacta de...

—¿Cuál era el nombre de mi hermana?

—Cassia... —murmuró Bruna ya casi sin paciencia, y dejando traslucir en su mirada un brillo malicioso, añadió mientras abría una cajonera con maquillaje—: ¿No estarás tomándonos el pelo?

Mi gesto de desconcierto debió responder a su pregunta, puesto que, apresurándose a pedir disculpas, escogió por sí misma una polvera y, tras colocarla entre mis manos, comenzó a buscar un labial con la meticulosidad de un farmacéutico.

Me maquillé instintivamente, dejando que la memoria de mis dedos sustituyese a las extraviadas reminiscencias de mi psique, pero el resultado debió ser distinto de todos modos, según me permitieron intuir la sutil conmoción de Bruna y la enigmática sonrisa del chofer.

—¡Aquí vive Mauro! —anunció la primera después de unos diez o quince minutos en el auto. Le mostró al chofer una casa de fachada blanca, muy parecida a la que me habían presentado como mía, y descendiendo por sí misma, me pidió que observara a través del cristal.

Pasados unos instantes, vi salir de la casa al chico rubio que me había llamado en el club y los observé platicar en silencio, experimentando por primera vez un sentimiento genuino...

El chofer se dio cuenta de mi desesperación, me sujetó la mano con delicadeza y esperó a que Bruna regresara...

—¿Y? ¿Era él?

Volví a negar con la cabeza. Me sentía sola, infinitamente sola, pero ninguno de ellos era el responsable de mi desgracia, e hice un esfuerzo por no dejar escapar que quería regresar al limbo del que con tanta viveza me empujaban a salir.

LOS SCHNEIDER

Delgada y esbelta, con una fina copa de oporto entre los dedos, la señora Talina observó a Sisa abrir la puerta y, como empujada por un aluvión, abrirle paso a aquella mujer de cabello y piel amarillenta a la que ahora tenía a pocos pasos.

—¡No puede entrar así! —gritó la empleada, apresurándose a sujetarla por el brazo.

—¡Será rápido! —se justificó la intrusa. Parecía realmente empeñada en hablar con la señora, y sin permitirle tomar la palabra, reveló como quien confiesa un crimen espantoso: —¡En otra época usted y mi marido fueron amantes!

—¡Imposible! —sonrió con dulzura la *socialité*—. Antes de mi marido, no tuve ojos sino para los libros...

—Eduardo... el cartero... ¿Se acuerda de él?

La señora Talina sintió que un abismo se abría por debajo de sus pies y, haciendo vacilar sus tacones, la atraía hacia el centro de un ignoto y subterráneo citosol.

—Ustedes salían cuando me embaracé de mi primer hijo —continuó sin clemencia la recién llegada—. El pequeño acabó muriendo, pero más tarde, cuando su familia regresó a la capital, tuvimos otro al que he traído conmigo. ¿Puedo hacerlo pasar?

¿Eduardo? ¿Era posible que después de casi dos décadas reapareciese ese muchachito de ojos azules y mandíbula partida para recordarle que, una vez más, escogía sobre ella a la insignificante hija del tendero?

—¿Usted...? ¿Usted es...?

—Alma, sí..., la hija del...

La entrada de doña Gladys obligó a la mujer a interrumpirse. Valiéndose de una mirada despectiva, pareció barrer el abismo por debajo de Talina para reestablecer el equilibrio de la Tierra.

—¿Y esta muerta de hambre?

—Es la mujer de Eduardo...

—¿Eduardo? ¡No conozco a ningún Eduardo!

—El cartero, mamá, el...

—¡Ah, sí! El papanatas que rechazó la propuesta de tu padre para amancebarse con la tenderita roñosa... —Al decir esto volteó el rostro con maniqueísmo y preguntó calmadamente—: ¿Es usted?

—Sí, señora... —confirmó la mujer, desdeñosa de su propia dignidad—. He venido desde la costa con mi segundo hijo y...

—¿Qué quiere? ¡Aquí no recibimos limosneros!

La señora Talina quiso intervenir, pero el propio hijo de la tendera entró a la sala y, observando a las damas con espanto, se colocó por delante de su madre. Tendría unos catorce o quince años.

—Eduardo murió hace ya dos años y, aunque intenté sostenerlos a él y a sus dos hermanas, lo cierto es que...

—¡No tienen ni para jabón!

—No, señora... —prosiguió incansable la mujer—. Sé que su yerno es el propietario de un colegio y mi muchacho, a pesar de que ya tiene un año sin estudiar para ayudarme con los gastos de la casa, aprobó siempre con honores.

Talina observó al chico con detenimiento y descubrió, para su fortuna, que no compartía ningún parecido con Eduardo.

—¡Ya veo! —replicó doña Gladys sin inmutarse—. ¿Qué piensas tú, Talina?

—¿Yo, mamá? Yo no comprendo...

—¡Está bien! —concluyó la matrona sin dejarla concluir—. Mi yerno es estéril y lo más justo es que ese carterillo le devuelva a mi hija algo de lo que le robó en aquel entonces.

Los ojos del muchacho se cubrieron de pánico al tiempo que los de la tendera cobraban fulgor.

—Ahora bien, —repuso doña Gladys—, sobra decirle que si aparece por aquí después de que el joven... ¿cómo se llama?

—¡Germán!

—¡Eso! Si aparece por aquí después de que Germán se haya recibido en alguna profesión decente, yo misma me encargaré de que usted y sus niñas...

—¡Nos iremos, señora! ¡Juro que nos iremos muy lejos después de hoy!

—Muy bien, y... ¡sin duda necesitará algún dinero!

La tendera asintió con disimulo y, tras dirigirle a su primogénito una última mirada, abandonó el salón en compañía de doña Gladys.

Talina volvió a ver a Germán, anclado en medio de la sala con sus jeans desteñidos y una camisa a cuadros verdes y amarillos, muy del gusto de los costeños. Quiso aborrecerle, quiso descargar sobre él el rencor que sentía contra Eduardo, pero descubrió que estaba tan horrorizado como ella y sintió pena.

—¡Ven! ¡Siéntate aquí y dentro de poco Sisa nos traerá algo de beber! ¿Tomas oporto...? No... claro que no... ¿café?, ¿jugo?

Enjugándose las lágrimas con violencia, el muchacho se retiró las gafas y dirigió a la señora Talina una mirada de desconcierto, tomando la palabra por primera vez:

—¿Todo esto le parece natural? ¿Tiene sentido que una madre venda a su propio hijo a la familia que más razones tiene para aborrecerle?

—¡No lo veas así! —trató de consolarle ella, que en el fondo se hacía exactamente la misma pregunta—. Piensa que pasarás un tiempo con nosotros y, más adelante, cuando mi madre haya olvidado el asunto, podrás volver a buscar a tu familia...

—¿Y su marido? ¿No sentirá rabia al saber de quién soy hijo?

—¿Mi marido?... Mi marido no tiene por qué saberlo. Vamos a comprarte ropa nueva y le diremos que eres un ahijado de mi madre. ¿Sabes comer con cubiertos?

Germán negó con auténtico desconcierto. No conseguía explicarse por qué aquella desconocida parecía de repente tan implicada con su causa.

—¡No importa! ¡Le diremos que prefieres comer en la alcoba y mañana temprano, cuando salga a trabajar, te enseñaré lo más esencial!

—¡Gracias! —murmuró el muchacho, apretando la garganta para no volver a sollozar—. Es usted realmente amable...

***

Dos semanas más tarde, esmaltado por una frágil capa de urbanidad y vestido con su nuevo uniforme, Germán llegó al Instituto Balboa en el coche del propio Tadeo Schneider, marido de la señora Talina y primer director del plantel.

—¡Dime, Germán...! —inquirió con voz cálida y jovial—. ¿Eres realmente ahijado de doña Gladys?

—Sí, señor...

—Es extraño... —y al decir esto, bajó el espejo para peinarse las cejas con parsimonia—. ¡Habría jurado que era atea!

Ambos bajaron del auto ante las miradas curiosas de algunos estudiantes. Germán creyó que la mole aplastante del edificio se

desplomaría sobre él y estuvo a punto de vomitar en el interior del ascensor, pero la mano de Tadeo, posada sobre su hombro con fantasmagórica liviandad, lo ayudó a permanecer en pie hasta la hora decisiva en que la profesora de literatura lo presentó con el resto de su grupo.

—¡Señorita Herrera! —precisó la mujer con voz de címbalo—. ¿Le importaría separarse temporalmente de la señorita Folgar para hacerle compañía al joven Schneider?

—No, *mademoiselle* —respondió la joven rubia, levantándose para mostrarle el pupitre.

Su nombre de pila era Dana, según supo más tarde, y acababa de recuperarse de un extraño traumatismo.

NUEVOS LAZOS Y DISOLUCIONES

—*Las suplicantes* —explicó la señorita Mateos con solemnidad— es una de las siete tragedias de Esquilo que se nos conservan hasta hoy. Cuenta la historia de las cincuenta hijas de Dánao, que, huyendo de los cincuenta hijos de Egipto, llegan a tierras del rey Pelasgo en busca de resguardo.

La lección comenzó a parecerme cada instante más lejana y habría estado a punto de desplomarme si Germán no me hubiese tomado por el brazo.

—¿Quieres volver al lado de tu amiga? Puedo hablar con la señorita...

—No es preciso —repuse—. Bruna ha de estar hastiada de cuidarme las espaldas.

—Escuché que perdiste la memoria dos veces y que ahora recuerdas a personas que...

—¿Que jamás llegué a conocer?

—Pues sí, pero... ¿es eso probable? —preguntó él, reclinando el rostro sobre el brazo para observarme mientras hacía una especie de puchero.

—¿Qué quieres decir?

—Que «esa» o «esas» personas pueden existir realmente en algún sitio. A fin de cuentas, cada uno tiene sus propios secretos.

He de haberlo continuado observando con absoluto desconcierto, porque acomodándose las gafas, sonrió y volvió a explicarme con paciencia:

—Habría, sin duda, algún detalle de tu pasado que les resultase desconocido inclusive a tus amigos más cercanos...

Estas últimas palabras tuvieron en mí un efecto casi balsámico y decidí que adoptaría dentro de mi nuevo círculo de amigos a aquel muchachito de gafas negras y camisa abotonada hasta el cuello.

Había descubierto, poco a poco, que la antigua Dana tenía el misterioso poder de atraer amigas y pretendientes casi sin proponérselo. A esta, no obstante, cada diálogo le constituía una experiencia agotadora.

***

Durante la clase de gimnasia, Penélope y Aitana, volvieron a acercársenos con aquella mirada sentenciosa que a Bruna le causaba tanta irritación y a mí continuaba resultándome un misterio:

—¡Danita! —exclamó Penélope, una morena con un quisquilloso sentido de la moda, visible inclusive en aquella clase en la que todas lucíamos aparentemente iguales—. ¿Todavía no nos recuerdas?

Bruna, que días antes había dudado también de mis palabras, la miró de la cabeza a los pies con una mezcla de rencor y petulancia:

—¿Tú que crees?

Aitana, cuyo rasgo más distintivo era una cabellera oscura y rizada, fijó los ojos en Germán y preguntó bajándose unas gafas de sol con cristales oblicuos y rosados:

—¿Y este ñoño? ¡Lo traen ahora pegado todo el tiempo!

Lo vi apretar los labios con enojo y decidí intervenir:

—¡Su hermano es novio de la mía!